

# La revolución personalista

Eduardo Martínez

Miembro del Instituto E. Mounier

**S**i partimos de la misma definición de persona que Mounier nos ofrece, podremos encontrar claves indispensables para comprender el papel fundamental que desempeña la revolución en la vida personal y en su expresión social.

***La persona es un ser espiritual que subsiste a base de actos de libertad, de adhesión a valores, de creatividad y crítica, en un esfuerzo continuo de escucha de su vocación (la llamada de mi ser profundo, del otro hombre y del Otro Dios), en un compromiso y conversión permanentes al bien así descubierto.***

Precisamente por el descentramiento que provoca la escucha de la vocación, llamada que Otro nos dirige y por la cual nos descubrimos en nuestra más íntima esencia, ingresamos en el ámbito de la comunidad, y consecuentemente en el de la sociedad. Podemos decir que desde nuestra intimidad somos extra-vertidos ética («No me mates» es el llamado del Otro según Lévinas) y políticamente (participación, crítica del desorden, revolución).

Éste es el modo en el que la definición de persona nos dirige tajantemente al tema de la revolución. Un ser humano en esta actitud de libertad, creatividad, crítica, esfuerzo, escucha, compromiso y conversión, camina por la senda de la personalización (proceso por el que el hombre transita de la mera humanidad individual a la madurez moral y social). Lo que ocurre es que el proceso de personalización implica necesariamente la transformación del nicho social en el que se mueve el individuo. La estructura socio-política que crea, alberga y nutre al individuo, al hombre-masa, es hostil y venenosa para la persona, imposibilita su emergencia y su supervivencia por lo que ser persona implicará subversión, revolución del desorden establecido, transformación radical de la circunstancia social y política del ser humano, esfuerzo ético en pos de realizar el deber.

Y es que para el personalismo la persona es el criterio principal de certeza, verdad y realidad. La historia es entendida por nosotros como un camino de toma de conciencia en el que la humanidad se autodescubre participando de la realidad

personal (la «imagen y semejanza» con Dios consiste en esta participación en la realidad personal).

Es urgente insistir en el carácter procesual, histórico y existencial del ser personal. No acabamos nunca de personalizarnos o de desarrollarnos moral e intelectualmente. Del mismo modo la humanidad no puede considerar que ha alcanzado su plenitud y perfección política o económica. Tenemos atisbos de evidencia moral e intelectual pero la temporalidad somete todo lo humano y lo problematiza. Esto implica una doble negación: un no a la irresponsabilidad relativista y un no a la pereza del dogmatismo moral. Nos movemos constantemente entre certezas imperfectas pero no tenemos otras (Dice Laín Entralgo que «lo que el hombre tiene por seguro siempre será penúltimo porque sobre lo último siempre tenemos un conocimiento incierto»). En esta fragilidad tenemos nuestro único fundamento, afrontar con entereza esta situación (sin miedo a la libertad diría Erich Fromm) nos conforma como personas: seres temporales llamados a un destino de eternidad.